

más necesitaba basar su comprensión en los textos bíblicos. Según Levering su teología se edifica como una contemplación del texto inspirado. El punto de partida no es filosófico, sino estrictamente bíblico. Santo Tomás, en cuanto le revelan sus propios textos, es verdaderamente fiel a la tradición bíblica.

Por eso, la atención de Tomás a la palabra de Dios no se disminuye en ningún modo por el empleo posterior de los esquemas interpretativos y las nociones de procedencia filosófica. La filosofía, especialmente la metafísica, no forman parte de lo más decisivo, sino son sólo los necesarios acompañantes en el proceso de comprensión de los frutos de la contemplación de la palabra de Dios. El papel de la reflexión metafísica en la teología de Tomás de Aquino queda calificado por el A. como *ascético*. La metafísica forma parte de una cierta ascesis teológica, que protege los textos bíblicos de una falsa *lectura simplificada*.

El intento fundamental de Levering es la renovación de la teología trinitaria: la teología de Santo Tomás sirve aquí como argumento demostrativo. Este horizonte —digamos metodológico— se da a conocer en cada parte del libro y se expresa en la siguiente proposición: hay que abandonar la idea de que existe oposición entre metafísica y Escritura. Se trata aquí de una visión teológica equilibrada; Levering reconoce la recíproca autonomía entre el campo de la metafísica y la Escritura. Este reconocimiento es necesario para que ambas puedan contribuir a la edificación de la teología trinitaria. La trinitología —si no quiere convertirse en una mera ideología que produce los falsos modelos de la realidad trinitaria— las necesita en su relación hermenéutica. Según el A. sólo la realidad de la contemplación teológica puede garantizar el buen funcionamiento de

esta relación. Por eso, constata Levering, la teología trinitaria contemporánea tiene que regresar a sus modalidades metodológicas anteriores a la Ilustración.

El libro se compone de siete capítulos que tratan el mismo tema fundamental desde diversos puntos de vista: desde las cuestiones metafísico-bíblicas de los nombres de Dios hasta el misterio pascual en cuanto revelación suprema del misterio trinitario. En pocas palabras: leer el libro de Levering constituye una verdadera *aventura* teológica.

Robert J. Wozniak

Jesús ORTIZ, *Conocer a Dios. II. La fe celebrada*, Rialp («Biblioteca de iniciación teológica»), Madrid 2004, 228 pp., 13 x 21, ISBN 84-321-3475-9.

Conocer a Dios es una exposición sistemática de la vida cristiana en tres volúmenes, según la triple articulación, debida a A.M. Triacca, y que resulta fundante para una aproximación objetiva y moderna al cristianismo: misterio, celebración, vida. Este segundo volumen, del que ahora damos cuenta, se centra en la liturgia, en cuanto *fides celebrata*, a la luz de la exposición del Catecismo de la Iglesia Católica. Que el hilo conductor del libro sea el Catecismo resulta especialmente sugestivo ya que, como es sabido, el nuevo Catecismo resulta particularmente rico, sobre su hermano mayor —el Catecismo de Trento—, en su tratamiento de la celebración del Misterio cristiano.

El autor, que ya tiene experiencia en transmitir didácticamente los contenidos del depósito de la Revelación, ha redactado una exposición sencilla, clara y sugerente de leer que ayudará a captar no sólo los contenidos básicos del tratado de Sacramentos, sino las perspecti-

vas actuales de la sacramentaria. El trabajo presenta la ventaja de reunir la parte general y especial de los sacramentos en un solo volumen. Al revés de lo que pasa con las monografías especializadas en cada sacramento, son pocos los libros editados en España en la última década, que compendien ambas áreas.

La estructura es clara: tras unas páginas introductorias acerca de la economía sacramental, el libro pasa revista a cada uno de los siete signos sagrados de la Iglesia. Los sacramentos de la Eucaristía y de la Penitencia ocupan dos capítulos cada uno. Cada capítulo viene precedido y concluido con sendos epígrafes: el primero está constituido por unas páginas que introducen pedagógicamente al lector en el tema y el último supone una glosa espiritual que se desprende de los contenidos dogmáticos que le preceden. Una bibliografía sucinta y práctica sirve de broche conclusivo a cada capítulo.

Los contenidos son sensibles a la renovación teológica abierta por el Concilio Vaticano II. No se omiten las necesarias referencias al momento ritual y a la dimensión celebrativa inherente a todo sacramento. Siendo fieles al subtítulo y sin que se trate en otro volumen de esta colección, hubiera sido interesante alguna referencia al año litúrgico y a la liturgia de las horas, como realidades vivas en la Iglesia.

Félix María Arocena

Joseph RATZINGER, *Convocados en el camino de la fe. La Iglesia como comunión*, Ediciones Cristiandad, Madrid 2004, 390 pp., 13 x 21, ISBN 84-7057-485-X.

El presente libro fue publicado en alemán por los discípulos de Ratzinger en 2002, con motivo de su 75 cumple-

años; en él se recogen quince artículos y conferencias de esos últimos años (y algunos textos más que ha introducido la edición española). Comienza esta selección con sendos discursos en respuesta a la concesión de los doctorados *honoris causa* en la universidades de Wrocław/Breslau (actual Polonia) y Navarra (España). En el primero recuerda las relaciones entre fe y teología, y concluye que ambas deben contener un asentimiento a la Palabra antes recibida, a la vez que una reflexión «en continua peregrinación», sin suprimirla. Además, la Biblia será una de las fuentes inequívocas de la teología, pero también la Iglesia será el hábitat natural en que se entenderá mejor esta Palabra, desarrollándose así la imprescindible teología. «La tarea del magisterio no es oponerse a la reflexión, sino ofrecer la autoridad de la respuesta que se nos ofrece, y así hacer sitio para la misma y penetrante verdad. Mantenerse en esta misión es emocionante y arriesgado. Requiere la humildad de la sumisión, de la escucha y de la obediencia» (p. 36).

Se recupera después un trabajo de 1974 (convenientemente reelaborado) sobre la pneumatología en San Agustín. «La definición del Espíritu Santo como *communio*, que San Agustín concluye de la expresión “Espíritu Santo”, tiene para él (...) un esencial sentido *eclesiológico*: abre la pneumatología a la *eclesiológica* (...): ser cristiano significa ser *communio* y, con ello, entrar en la forma esencial del Espíritu Santo» (p. 43). Tal vez este sea el punto de partida. Añadirá más adelante, ya en 1984: «el término *communio* encuentra en este lugar (Gal 1,13-2,14) el contenido pleno de su significado cristiano, que comprende asimismo las dimensiones sacramental y espiritual, la institucional y la personal» (p. 70). Y esta comunión eclesial tiene mucho que ver —como es lógi-